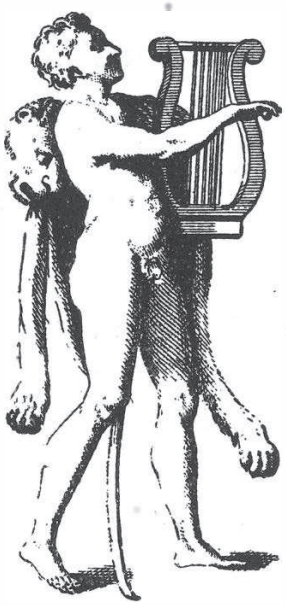
CABEZA DE MI MADRE

ESTARÁ la luz alta
mientras ella me mire
fluvialmente, con ojos
de llorar mucho, vírgenes
de preguntas, y dando
a llanuras sin límites.
La tristeza no acaba;
y su mirada es triste
siempre, quizá de puro
contemplar el desfile
del tiempo, disparado
cual una liebre libre;
o tal vez de ver sólo
mi desnudez de origen
a lo largo manchada,
como la piel de un tigre.

Es ligero su pelo,
igual que avena; y firme
la tierra en que despunta
dando luces sutiles.
De no ser por su oriente,
el cabello diríase,
sobre un paisaje de
salinas, invisible;
borrándose así entre ella
y el mundo toda linde.

Le pesa tanto el alma,
que parece que vive
en medio de un silencio

de nieve; y es posible
que su sonrisa tenga
interiores confines,
pues, en invierno, el árbol
tronco adentro sonríe.



EDUARDO ZEPEDA-HENRÍQUEZ